



«Después del baño», cuadro de José de Togores

tiempos prehistóricos, son las divinidades femeninas las primeras que aparecen. El poder de generar se conceptuaba propio y exclusivo del espíritu de muerto que se adentraba en las hembras. El hombre carecía en el hogar de significación y de poder: imperaba el Matriarcado; la madre, en relación con el espíritu, era la sola dueña de la vida. Su importancia en este mundo no podía ser otra cosa que la prolongación inalterable de su importancia en el otro. Y la madre era diosa en el hogar, y las divinidades eran diosas, y las diosas eran madres. A «las mujeres del paleolítico» se las representaba embarazadas, «para

determinar más su misión», dice el marqués de Cerralbo. Mas las representadas no eran ellas; eran las divinidades que se adentraban en ellas para hacerlas concebir, y que eran madres como ellas.»

Así, pues, ¡qué dilatada ejemplaridad estética del culto del artista hacia la figura maternal desde las rupestres estilizaciones de la prehistoria hasta las elucubraciones post expresionistas no olvidadas, á pesar de todo, de uno de los temas fundamentales! El sentimiento de la maternidad que prevalece como una de las más bellas y conmovedoras razones del cristianismo, y que ha colmado los Museos, los templos, los palacios, los hogares humildes, de innumerables alusiones iconográficas marianas, no se limita á humanizar la mujer divina, sino que diviniza con el doble



«Horitia y Fabiola», cuadro de Ferruccio Ferrazzi



«Vistiendo al niño», cuadro de Ardengo Soffici

fervor del arte y de la fe á la mujer terrena, de la que aquélla es trasunto y culminación espiritual.

Al reunir aquí algunos testimonios de la pintura y la escultura mo-